

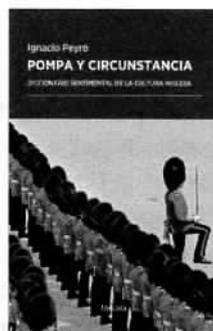
Ignacio Peyró:

Pompa y circunstancia. Diccionario sentimental de la cultura inglesa.

(Prólogo de Lord Tristan Garel-Jones)

Ed. Fórcola, Madrid, 2014

1068 páginas, 49.50€



Dios salve a Inglaterra

Por JUAN MARQUÉS

He aquí un ejemplo magistral del tipo de libros que uno querría saber escribir o, para decirlo de un modo algo más tolerable, he aquí un libro de veras importante. Caprichoso hasta casi lo arbitrario, gozosamente parcial, felizmente subjetivo, *Pompa y circunstancia* supone un hito en ese extraño y libérrimo subgénero ensayístico del «diccionario de autor», uno de los territorios literarios más adecuados para la manifestación de la felicidad, y cuyas premisas suponen prácticamente una enmienda a la totalidad del género del diccionario común. Quien busque información completa, sistemática, equilibrada, científica, circunspecta, desapasionada o desideologizada sobre Inglaterra ya puede ir buscando en otro sitio, porque lo que aquí encontrará es la Inglaterra particular de Ignacio Peyró

(Madrid, 1980), lo cual no quiere decir que no recoja una información veraz y útil, aunque sólo sea sobre aquello que a él le va apeteciendo y siempre envuelto en chascarrillos, bromas, anécdotas y todo tipo de digresiones. Es por ello por lo que este libro estupendo es, a pesar de su volumen, cualquier cosa menos un título de consulta, sino, muy al contrario, una aventura literaria que hay que recorrer página a página, desde las veinte de su ejemplar introducción hasta las exactamente mil de su periplo alfabético por las viejas islas británicas, lo cual constituye el viaje más divertido que uno ha hecho en varios años: la mía es, por decirlo de algún modo, una alegría mucho más interior que visible y, sin embargo, durante varias semanas he andado con una sonrisa permanente que sorprendía a los míos y

les hacía preguntarme qué me pasaba y si me encontraba bien. Y era, claro, que estaba leyendo «el Peyró» —como vaticino que acabará conociéndose a este diccionario, como sucede con el Covarrubias, el María Moliner o el Bonet— y me encontraba en la gloria.

Hace unas líneas me he referido muy deliberadamente a las «viejas islas», pues, de las decisiones no explícitamente confesadas o justificadas por Peyró, la que más llama la atención —y acaso la que más aleja o aun irrita a determinados lectores— es la de su relativa acotación que, más que temporal es, para entendernos, algo clasista (no tanto en el sentido peyorativo como en el recogido en la primera acepción del DRAE: «peculiar de una clase social»), de modo que, si la ambición del autor era —como modestamente declara el texto de la contracubierta— «aportar una cierta idea de lo inglés», yo diría que lo que obtenemos en esta lectura es una maravillosa e inolvidable idea de cierta Inglaterra. Me explico: no es ya que en esta pequeña enciclopedia no haya entradas consagradas a los Beckham o a cualquiera de «esas celebridades menores de hoy» (p. 519), sino que ni siquiera las tienen The Beatles o The Rolling Stones, lo cual parece delatar no tanto desdén por el presente —aunque tampoco hay páginas exclusivas para David Cameron— como por, digamos, lo popular. En muchos rincones de este libro se habla de hoy como de «el tiempo de la nostalgia, la elegía y el lamento» (p. 378: en este caso para dolerse del fin de la publicación en papel de la *Enciclopedia Británica*), días en que se assiste con creciente estupor o indignación al fin de las buenas costumbres específicamente inglesas, esas que tanto fascinan a Peyró y que consigue contagiar —al menos en lo que tienen de celebración de la excentricidad, la elegancia y el «genio y figura»— hasta el pun-

to de que resulte conveniente destacar que el subtítulo habla de «cultura inglesa» y no de Inglaterra. Acaso Peyró despliega una concepción purista —dicho, de nuevo, sin el menor espíritu de reproche— a la hora de concebir esa cultura y, por tanto, recoge muy especialmente sólo lo que luce un sello de «Made in England» realmente añejo, con pedigrí y abolengo, sin mestizajes ni actualizaciones recientes.

Para ilustrar esto, basta con decir que se dedican muchas más páginas a la familia real, a los «Aristócratas» —cuya entrada es la primera que está dividida en secciones, y también la primera obra maestra del libro, aparte del prólogo— o a los «*Lord's*» que a los ciudadanos de a pie, a los inmigrantes —un porcentaje de la población llamativamente alto e insoslayable desde hace décadas— o, desde luego, a esos *chavs* de las barriadas degradadas a los que hace un par de años dedicó un libro importante Owen Jones, el tan joven como mediático portavoz de la actual izquierda inglesa. Pero que haya más espacio para Buckingham Palace o las «Casas de campo» —otra entrada decisiva— que para los suburbios o las fábricas, o más para «Oxbridge» o el Derby de Ascot que para las *trade unions*, es menos antipático de lo que podría resultar en principio, pues, aparte de que toda decisión de autor es indiscutiblemente legítima —su obra es su hogar, y cada uno hace en su casa lo que quiere—, no es difícil defender que lo característicamente inglés, lo particular y tan reconocible del espíritu de aquellas latitudes, nació y pervive entre las clases altas, en buena parte fruto del ocio adinerado de los nobles, de esa sociedad selecta, privilegiada, espectacularmente minoritaria.

Por ello tampoco se remonta a los tiempos lejanísimos de «una Inglaterra brumosa y druidica» (p. 436, donde se encuen-

tra un excelente párrafo sobre el «Folclore»), sino que se mueve a gusto en las entradas del «Gentleman», la «Clase» o las muchísimas dedicadas a las marcas comerciales que durante siglos han sido garantía de calidad, durabilidad y distinción, sin llegar plenamente a estos días nuestros en los que se va diluyendo y apagándose buena parte de todas esas abracadabrantes singularidades inglesas, algo que Peyró lamenta sin tapujos, al tiempo que —con razón— disfruta sabiendo y contándonos que todavía existe un censor de cisnes que, escrupulosamente uniformado y con solemnidad irreprochable, «marca a los cisnes del Támesis con las armas de la Corona», pues está escrito que el soberano inglés es el propietario de esas aves. Si todas las tradiciones fueran así, entonces uno se convertiría inmediatamente al tradicionalismo.

Por lo demás, dentro de este gran diccionario hay dispersos y atomizados otros diccionarios monográficos más pequeños, como el que recoge ejemplarmente lo relacionado con la comunicación entre Inglaterra y España, y no sólo a través de los viajeros que se han movido en las dos direcciones (George Borrow, Richard Ford, Walter Starkie o Gerald Brenan tienen, por supuesto, entradas, mientras son muy citados Josep Pla —quien en las primeras páginas del recientemente exhumado diario *La vida lenta* escribió que «la literatura inglesa es la única confortable»—, Julio Camba, Manuel Chaves Nogales o Augusto Assía —cuyas crónicas inglesas durante la Segunda Guerra Mundial acaban de ser rescatadas y prologadas por el propio Peyró en *Cuando yunque, yunque. Cuando martillo, martillo*, publicado estos días por Libros del Asteroide—, así como otras páginas preciosas dedicadas a las distintas promociones de «Exiliados»), sino

también, por ejemplo, con el pretexto de la importante presencia de «Don Quijote» en Inglaterra, la muy inspirada mirada a nuestra «Guerra Civil» o, por supuesto, el asunto de «Gibraltar».

Probablemente se echan de menos algunos mitos británicos trascendentales —Peter Pan, Kate Moss...— pero otra de las sorpresas del libro —y una razón más para leerlo por orden y completo, sin saltos ni trampas— es que lo mejor no está siempre en las entradas que podrían parecer más atractivas y jugosas —Sherlock Holmes, Jack el destripador o la tan prometedor dedicada a los «Fantasmas»—, sino en los rincones más inesperados, como la gloriosa explicación de la «Boat Race». Por otra parte, uno agradece la mucha atención prestada a los poetas y, como para contrarrestar —y acaso desmentir— lo dicho arriba sobre la descompensación de los estamentos, tiene ganas de releer a Dickens tras leer cómo Peyró le atribuye hermosamente «un entendimiento de la vida basado en la piedad» (p. 339), y también a Hopkins o a Hardy, quien «en sus poemas habla de lo que tienen que hablar los poemas: *los hombres y la vida de los hombres, el tiempo y el paso del tiempo, el amor y el marchitar del amor*» (p. 501, y las cursivas son de su admirador Larkin, quien, por supuesto, también tiene su página de gloria).

Y así, chismoso y tierno, inteligente y sensible, bienhumorado y socarrón —ese suave pitorreo ante los «señoritos atormentados» del grupo de Bloomsbury—, malicioso y amable, *Pompa y circunstancia*, aparte de estar escrito en un tono sostenidamente portentoso, constituye el libro de no ficción más entretenido, erudito, nutritivo, informativo, desprejuiciado, satisfactorio y, sí, voluminoso, entre todos los que yo haya podido leer en los últimos años.